

UNA VIDA DEDICADA A LA DOCENCIA

Belén Martínez Fdez.-Villamil



Con motivo de cumplirse próximamente el quinto aniversario del fallecimiento de Isidora Fernández-Villamil Álvarez, he decidido escribir unas líneas sobre su vida y su gran vocación: la enseñanza.

Nace Isidora en Navia, el 16 de marzo de 1912. Era la primera hija del matrimonio formado por Encarnación Álvarez Pérez y Juan Fernández-Villamil García-Santamarina (juez comarcal de la villa); a ella le seguirían Angelita y cuatro varones más, todos ya fallecidos. Sus padres habían contraído matrimonio en la iglesia nueva de Santa María de la Barca, que se había inaugurado en 1895. La ceremonia religiosa se celebró a las siete de la mañana, tal como se refleja en las participaciones del enlace que su familia aún conserva.

De la infancia de Isidora conocemos muchas anécdotas que sería largo reseñar aquí. Era una niña menuda, pelirroja, de grandes ojos azules, inquieta y con muchas ganas de aprender. Su primera formación académica y religiosa la recibe en el colegio de las Hermanas Dominicas, que a principios del siglo pasado se habían instalado en Navia, en unas casas de la carretera general (*los colegios* les llamaban la gente antigua), que eran propiedad de Juana Pérez, la abuela de Isidora.

Después de esta formación ella expone a sus padres su deseo de seguir estudiando, algo impensable para aquella familia numerosa, de ajustada economía y con varios hijos internos en los Jesuitas de Gijón. Sin embargo un hecho viene a favorecer que se cumplan sus deseos: la dictadura del general Primo de Rivera ofrece la posibilidad de seguir una formación intensiva para realizar los estudios de Magisterio (algo que a ella le atrae mucho) y, apoyada moral y económicamente por su tío Jesús, se traslada a Oviedo alojándose en el colegio de las Hermanas Dominicas ubicado en la calle Pérez de la Sala.

Para asistir a la escuela Normal que estaba situada en la calle Uría, en un solar que hoy ocupan unos conocidos almacenes, las alumnas de las dominicas caminaban acompañadas de una religiosa ya que estaba muy mal visto que unas señoritas anduviesen solas por la calle. Isidora finaliza sus estudios en Mayo de 1931, con muy buenos resultados académicos; este hecho la anima a presentarse a las posiciones que son convocadas como "cursillos de selección para el ingreso en el Magisterio Español"; las oposiciones constan de tres ejercicios que tienen lugar en enero, mayo y octubre de 1932. Superadas estas pruebas, pide destino que no se le adjudicaría hasta el año 1934. Ella había solicitado, en primer lugar, una plaza en Navia pero cree que va a ser difícil de conseguir y pide como segunda opción la escuela de Puerto de Vega. Aquí le surge la dificultad de cómo trasladarse de Navia a Puerto de Vega y piensa que el vehículo más adecuado es la burra; así que empieza a aprender a montar en burra con la que le prestan amablemente los *Calilos*; la acompaña en esta tarea Balbina la de Brea que monta la burra de "Casa Ordenanza" y que ve muy difícil que Isidora logre el dominio suficiente de su montura como para que pueda utilizarla en sus desplazamientos. Entre los muchos inconvenientes que se encuentra podemos citar las dificultades para subirse a la burra cada vez que cae de ella, cosa muy frecuente ya que las mujeres se sentaban de lado; otra postura sería muy mal vista. Además, al pasar por los pueblos, la burra de casa *El Calilo* no obedece las órdenes y se empeña

en seguir el camino de la iglesia del pueblo en cuestión -cosa lógica teniendo en cuenta que sus propietarios la empleaban para transportar los instrumentos musicales con los que amenizaban las fiestas de las parroquias del entorno.

Por fin en 1934, y pese a sus temores, es nombrada parvulista de Navia. La reciente República pone un gran énfasis en la educación de los más pequeños creando muchas plazas de ese nivel. Comienza su andadura de maestra, con gran ilusión (ella siempre lo repetía), en la escuela situada en la calle Maestro Sama.

En el curso 1935-1936 se crea, bajo la dirección de Don Augusto Pérez, médico comarcal muy querido por su labor humanitaria, un comedor escolar que tiene un éxito rotundo, aunque la guerra civil lo truncará prematuramente. Las cocineras, Lola *la Xica* y Julia la asistente del doctor, preparan los menús que éste programa; también se les administra a los niños que lo necesitan reconstituyentes y vitaminas.

Ese mismo curso, Isidora organiza una excursión a Luarca con los niños de la escuela, que deben aportar un *perrón* (así se llamaba coloquialmente a la moneda de 10 céntimos de peseta) semanal para sufragar los gastos del autocar que los desplazará y para el “bollo preñado” que llevan de merienda. Ayudada por su hermana Angelita ponen a los niños de punta en blanco, con los mandilones almidonados y un gran lazo de papel crespón en las cabezas de las niñas. En Luarca causa sensación lo guapos que van aunque al final de la tarde comienza a “barruzar” y los lazos se estiran y estiran... hasta la cintura de las niñas. Pese a ello, todos disfrutaron de lo lindo; para algunos era la primera vez que hacían un viaje tan largo.

En el curso 1936-1937 llegan en plena guerra civil los “evacuados” de Oviedo procedentes de la zona nacional. La villa no está preparada para tal avalancha de gente pero los vecinos tratan de hacer fácil la estancia de estas personas que tienen la desgracia de tener que abandonar sus hogares. Debido a esto aumenta considerablemente el número de alumnos y la inspectora de Enseñanza Primaria, doña Elena Tamargo, al ver el hacinamiento que había en la escuela de párvulos, decide dividir el grupo en dos partes, adjudicando el grupo de los más pequeños a Isidora y poniendo al frente de los más grandes a su hermana doña Trini que se había trasladado a Navia con los evacuados. A la nueva maestra le choca la forma de hablar de Navia y, a veces, no entiende a los críos. Un día se acerca al aula de Isidora para que le explique lo que había escrito un alumno. Ella había dibujado en el encerado la cabeza de un niño vestido de marinero y les había pedido a los niños que escribiesen frases alusivas al dibujo; el alumno -que no era otro que Melitón-, había escrito: el niño no tiene “piscozo”.

Anécdotas aparte, sabemos que esos años fueron duros para la población en general y para los niños en particular. Eran frecuentes los brotes epidémicos; una plaga de piojos invadió la escuela; Isidora, ayudada por su hermana Angelita, trataba de combatirlos lavándoles la cabeza a los niños con jabón sublimado y quitándoles las liendres una a una con unos peines especiales. También hubo un problema de sarna y, para evitar el contagio, la escuela cerró durante unos días por orden de Sanidad. Eran tiempos de una gran miseria.

En la década de 1940 ocurren hechos trascendentales en su vida. Conviene que su hermano Quique, gravemente enfermo de una tuberculosis contraído en el “frente”, viva en una región de clima seco guardando allí reposo absoluto y, así, la familia más próxima de Isidora se traslada en esos primeros años 40 al Pinar de Antequera, en la provincia de Valladolid. Ella se queda en Navia junto con su padre, también muy delicado de salud. Fueron unos meses (veintiséis, hasta la vuelta de su familia) que a Isidora le parecen eternos. Pero la alegría del regreso compensó ampliamente la dura ausencia; aunque la enfermedad era prácticamente incurable (todavía no existían los antibióticos), Quique regresa completamente restablecido. Durante todo ese tiempo ella se volcó aún más si cabe en su labor docente.



Foto de grupo con sus alumnos a mediados de los años 50. El estado exterior del local de la escuela permitirá hacerse una idea de las penurias de la época

Algunos años más tarde, en 1944, contrae matrimonio con Marcelino Martínez, también maestro nacional, que a partir de ese momento se hará cargo de la escuela unitaria de El Espín. El matrimonio tiene una primera hija que nace muerta o fallece a las pocas horas (ella nunca hablaba de esto); después vendrían cuatro hijos más; la última, Nené, afectada por el síndrome de Down, llena de temor a la familia por ser algo poco conocido en aquella época; pero enseguida se sobreponen y, una vez más, Isidora muestra su fortaleza. Desde entonces su vida familiar cambia ya que la niña requiere cuidados especiales pero también es una fuente de alegría; tan buena y cariñosa, parece un ángel (Isidora siempre repetía que era un regalo de Dios).

De la mitad de la década de los años 50, la que redacta estas líneas tiene recuerdos muy directos. En ese tiempo llega a Navia un nuevo párroco, Don Ramón, y los escolares salimos a recibirlo frente al Fantasio, con la maestra al frente, portando una bandera española (el mástil de la de mi hermana y de la mía era una auténtica obra de artesanía hecha por *Tino La Marrueca*).

También por aquellos tiempos se reparte, en las escuelas, queso y leche que enviaban los americanos como parte de los acuerdos de colaboración entre E.UU. y nuestro país firmados en esa época –en España eran todo necesidades. Yo, que estaba acostumbrada a los suministros de *La Tarabella* (una lechera de Andés), encontraba la de la escuela poco apetitosa.

En la escuela de párvulos se hacían actividades culturales; se representaban obras teatrales sencillas en colaboración con las escuelas “de arriba” (las de San Roque). También se constituyó un coro mixto en el que intervenían los alumnos de las escuelas N° 1 y 2 de Navia y de la escuela unitaria de El Espín; recuerdo especialmente, entre otras voces sobresalientes, la de Odón Cartategui y la de Luis de El Espín.

Isidora ya ponía en práctica, en la medida de sus posibilidades, procedimientos que están hoy en día muy de moda, como son los itinerarios pedagógicos y la enseñanza personalizada; así uno a uno leíamos en el *Rayas* (el libro que se empleaba para aprender a leer) delante de ella, y la maestra nos señalaba con un lápiz lo que teníamos que repasar para el siguiente día. Los niños escribíamos con el *pizarrín* sobre una pequeña pizarra de losa (*llousa*); hacíamos cuentas de sumar y restar que ella corregía y repetíamos aquellas en las que nos habíamos equivocado.

En ocasiones explicaba algún tema sencillo: hoy tocan los mamíferos, el próximo día el descubrimiento de América. Isidora ponía tanto énfasis que a mí me parecía ver a los indios, con sus vistosos plumajes, observando escondidos la llegada de los colonizadores.

Los que íbamos más avanzados leíamos el libro de Agustín Serrano de Haro *“Yo soy español”*; era un libro muy al gusto del régimen político vigente.

En la escuela también estaba muy presente la religión. En el mes de mayo hacíamos *“el mes de las flores”*; se ponía un pequeño altar con el cuadro de La Inmaculada y cantábamos *«¡Oh María, madre mía, oh consuelo del mortal...!»*.

A mediados de los años 50 Isidora debe realizar en Oviedo unos cursos específicos que, para seguir ejerciendo como parvulista, le exige el Ministerio de Educación Nacional. A la vuelta está encantada con los nuevos métodos aprendidos.

En el curso 1959-1960 el local de Maestro Sama es declarado en ruinas y la escuela se traslada a los sótanos de las de San Roque. A Isidora no le gusta el cambio -piensa que un sótano no es lugar adecuado para unos niños pequeños; además se quedan sin el hermoso patio de recreo que disfrutaban en la antigua escuela.

Para los años 60 la situación está cambiando; la economía del país mejora y el *pizarrín* (una barrita de piedra muy blanda, con la que se escribe rayando superficialmente la pizarra; lo escrito desaparece frotando con un trapo humedecido; ni que decir tiene que los críos no buscábamos agua para ello; nos bastaba escupir en la pizarra) queda atrás; los niños ya tienen cuadernos y lápices de colores, además de estar mejor vestidos y alimentados.

En el curso 1978-1979 se lleva a cabo la concentración escolar inaugurándose el colegio *Ramón de Campoamor*. Ella está encantada con el aula grande y luminosa que le han adjudicado, con los modernos métodos de los que dispone y con sus excelentes compañeros, guardando para siempre unos muy buenos recuerdos de su última época como maestra.

El 13 de marzo de 1982, con 48 años largos dedicados a la docencia, se jubila. Sus compañeros la despiden con cariño y ella siente cierta tristeza pues la enseñanza llenaba su vida; su marido ya había fallecido y los tres hijos mayores ejercían su profesión fuera de Asturias.

El 3 de octubre de 1983 el pueblo y las instituciones locales y regionales le organizan un sentido homenaje en reconocimiento a su labor, inaugurándose enfrente de la estación del tren un parque que lleva su nombre. Están presentes en el acto, entre otras autoridades y miembros destacados de las asociaciones locales, el Alcalde (D. Manuel Bedia), el Párroco (D. Segundo Fuertes), el Delegado Provincial de Educación (D. Vicente Areces, actual Presidente del Gobierno del Principado) y D. Manuel de la Cera, Consejero de Educación, que le dedican entrañables palabras. Acuden alumnos y ex-alumnos representantes de tres generaciones navegas. En el acto se le impone la Encomienda de Alfonso X El Sabio, que recibe muy emocionada.

Así, a grandes rasgos, fue la vida de esta sencilla mujer que se esforzó en ser una buena profesional de la enseñanza. Aún retirada de su labor docente seguía interesándose por lo que más le gustaba ¡Cuántas veces al pasear con ella nos hacía parar en la puerta de la escuela para interesarse por sus compañeros y por los estudios de sus antiguos alumnos!

Los últimos años los pasó de manera tranquila, arropada por sus hijos y cuidada con mimo por Donina Arias, Gema de Alba e Isabel Martínez que desbordaron amabilidad y paciencia.

Fallece el 1 de septiembre de 2005 en el Hospital Comarcal de Jarrio, a los 93 años, después de quince días de agonía, dejándonos un gran vacío.